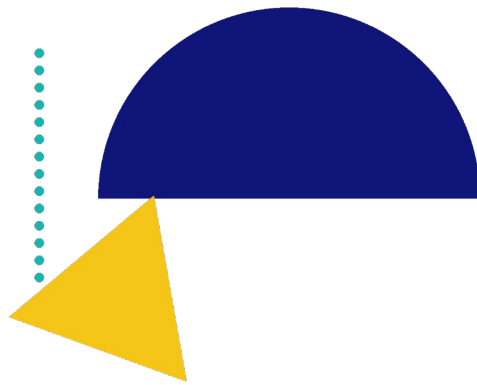


01



**DOS HISTORIAS QUE SIRVEN
COMO REFERENCIA PARA
CONSTRUIR UN MODELO:
PESCUEZA Y LAS FACTORIAS
DEL CONOCIMIENTO**

1.1 Pescueza: un pueblo en decadencia que se hace cargo de su destino y se transforma en una comunidad

Hay pueblos que no mueren de golpe, sino por goteo. La desaparición de un territorio rural es un proceso silencioso, una especie de penumbra que va ganando terreno sin hacer ruido, de manera casi imperceptible para quienes lo miran desde la distancia de las grandes urbes. No ocurre un lunes por la mañana de forma estrepitosa; ocurre a lo largo de los otoños. Primero es una ventana que se cierra y cuyos postigos ya no vuelven a abrirse con la llegada de la primavera. Luego es una chimenea que deja de humear, despojando al aire de ese olor a encina y hogar que sostiene la identidad de los inviernos. Después, casi sin que nadie registre el momento exacto, desaparece el sonido de un balón botando contra una pared de piedra, las risas infantiles que doblan las esquinas y el traqueteo de las bicicletas sobre el asfalto.

El silencio empieza entonces a instalarse en las plazas, no como un descanso merecido tras la jornada, sino como un habitante permanente y pesado. Los bancos, que antes eran el centro del debate, la memoria viva y el chisme tierno, se convierten en altares de la nostalgia. Las personas mayores se sientan en ellos, o a las puertas de sus casas, entornando los ojos bajo el sol del mediodía, mirando hacia el fondo de la calle. Esperan visitas que cada vez tardan más en llegar, llamadas que se espacian en el calendario, o simplemente el regreso estival de unos hijos y nietos que ya pertenecen a otro mundo, a un ritmo que no se compadece de la calma de los campos.

Así estaba Pescueza. Este pequeño municipio de la provincia de Cáceres, en Extremadura, incrustado en un paisaje de dehesas y horizontes anchos, había visto cómo sus venas se vaciaban durante décadas. Como tantos otros

rincones de la geografía española profunda, sufrió la herida invisible pero sangrante de la emigración de mediados y finales del siglo XX. Un éxodo silencioso hacia Madrid, Cataluña, el País Vasco o el extranjero. Los jóvenes partían con una maleta de cartón o de lona y los ojos llenos de promesas urbanas, buscando el trabajo y las oportunidades que la tierra, siempre dura y a veces esquiva, parecía negarles. Con cada tren que salía de la estación de Cañaveral, Pescueza perdía un pedazo de su mañana.

El pueblo comenzó a envejecer a la velocidad con la que se marchitan las hojas en noviembre. Las arrugas en los rostros de sus habitantes se multiplicaban a la par que las grietas en las fachadas de las casas abandonadas. Llegó el día en que la realidad firmó su sentencia más burocrática y dolorosa: el colegio público cerró sus puertas por falta de alumnos. Las pizarras se quedaron con las últimas sumas a medio borrar, los mapas colgados en las paredes comenzaron a amarillear y los pupitres de madera acumularon el polvo de los meses y los años. Durante diecisiete largos años, el llanto de un recién nacido no resonó en las calles de Pescueza. Diecisiete años sin nacimientos, sin pañales tendidos al sol, sin el asombro de los primeros pasos sobre el empedrado. La esperanza, que es lo último que se pierde pero lo primero que se debilita cuando el frío de la soledad aprieta, empezó a apagarse. El destino parecía escrito por los sociólogos y las estadísticas oficiales: Pescueza estaba abocada a convertirse en un nombre más dentro del inventario de la España vaciada, un punto negro en el mapa del abandono.

A principios de la década de los años 2000, cruzar Pescueza a las diez de una mañana de invierno era un ejercicio de introspección casi místico. Las calles, limpias y flanqueadas por construcciones tradicionales, devolvían el eco de los propios pasos con una nitidez que asustaba. No había el barullo cotidiano, ni el trajín de los padres apresurados llevando a los niños a clase. Las campanas de la iglesia de la Asunción marcaban las horas con un tañido que parecía flotar sobre los tejados de teja árabe de manera fantasmal; su sonido era demasiado fuerte, demasiado omnipresente, porque apenas quedaban conversaciones en el espacio público que pudieran competir con él. Los ancianos del lugar se habían convertido en los guardianes de un templo en ruinas. Sentados al amparo de los muros que retenían el calor del sol, observaban el horizonte con una mezcla de estoicismo y tristeza. Cada

invierno que entraba por el norte cacereño se sentía más gélido que el anterior, no porque el termómetro bajara más, sino porque las casas vecinas estaban desiertas. La falta de masa humana enfriaba el ambiente. Las despedidas de los meses de agosto, cuando los veraneantes regresaban a sus vidas urbanas dejando un rastro de portazos y maleteros cerrados, dolían cada año con una intensidad renovada. El pueblo se contraía, se encogía sobre sí mismo como un animal herido que busca protección en su propia madriguera.

La chispa en la ceniza: El retorno de Vicente



Iglesia parroquial de Pescueza (Cáceres). Fotografía: Wikimedia Commons.

Sin embargo, la historia de la humanidad está plagada de anomalías. Incluso en los paisajes más gélidos, bajo la capa más densa de ceniza y olvido, siempre sobrevive una chispa. Una resistencia mínima, un rescoldo oculto que solo necesita una ráfaga de viento propicia para volver a convertirse en fuego. En Pescueza, esa chispa inicial tuvo nombres y apellidos propios: tuvo el rostro de un hombre llamado Vicente. Vicente conocía bien la dualidad del emigrante. Él mismo encarnaba la biografía de la diáspora: había nacido entre esas piedras, había corrido por esas dehesas, pero la necesidad lo había empujado a buscarse la vida lejos de su patria. Durante su tiempo en el exterior, sin embargo, el cordón umbilical con Pescueza nunca llegó a secarse. El pueblo viajaba con él en los giros lingüísticos, en la memoria del sabor del aceite, en el recuerdo de las noches estrelladas de verano donde el universo parecía estar al alcance de la mano.

En el año 2007, Vicente tomó una decisión que muchos de sus conocidos del pueblo calificaron de locura o romanticismo trasnochado: decidió volver para quedarse. Cuando cruzó el umbral del pueblo con sus pertenencias, no lo hizo con la mirada nostálgica del turista que busca un retiro idílico para los fines de semana. Caminó por las calles reconociendo las esquinas de sus juegos infantiles, respirando el humo denso de las chimeneas de leña que resistían, escuchando el silbido del viento que bajaba de la sierra y se filtraba entre las dehesas de encinas. Pero, por encima de los estímulos sensoriales, Vicente percibió algo invisible y urgente: una pesadez en el ánimo de la gente, un cansancio del alma colectiva. Pescueza había asumido su final. Y era precisamente ahí, en la psicología de la resignación, donde había que clavar la primera cuña de la resistencia. El pueblo necesitaba, antes que dinero o infraestructuras, volver a creer en su propia viabilidad.

El regreso de Vicente no fue un acto de aislamiento, sino de agitación. Pronto comprendió que un hombre solo en medio de un páramo demográfico no es más que un quijote destinado a la melancolía. La responsabilidad histórica que sentía sobre sus hombros debía ser compartida, atomizada, asumida por el tejido social que aún respiraba bajo el peso de los años. En sus paseos y en sus tardes en el bar, Vicente empezó a notar que la resignación no era absoluta. Debajo de las frases hechas como "esto se acaba" o "aquí ya no quedamos nadie", había un poso de rabia contenida. La gente amaba a su

pueblo, le dolía su decadencia, pero carecía de un canal, de un método para canalizar ese sufrimiento y convertirlo en acción constructiva.

Vicente empezó a buscar a aquellos que guardaban un fuego similar en el pecho. Así fue como se fraguaron las primeras alianzas informales. Se unieron hombres como Óscar, con su visión analítica y su capacidad para desarmar problemas complejos; Andrés, con su arraigo y su conocimiento íntimo de la idiosincrasia local; Venancio, y un puñado más de vecinos de diversas edades y trasfondos. El perfil de este grupo inicial era heterogéneo, pero compartían un diagnóstico común y una angustia idéntica: si no hacían algo de inmediato, serían la última generación en cerrar la puerta de Pescueza.

Las primeras reuniones se desarrollaban alrededor de mesas camillas. No había orden del día formal, ni actas, ni presupuestos. Muchas veces el debate se extendía hasta altas horas. ¿Qué podemos hacer para salvar esto?, era la pregunta recurrente, la que caía con el peso de una losa sobre la mesa. Las respuestas iniciales rozaban la utopía o el desespero: pedir una subvención millonaria, exigir la apertura de una fábrica, esperar a que el gobierno de turno se compadeciera de la comarca. Pero la realidad era tozuda. Nadie iba a venir a salvarlos. Los grandes planes de desarrollo rural solían quedarse en los despachos de las capitales, diluidos en informes técnicos y promesas electorales que se disolvían al día siguiente de las votaciones.

La conclusión a la que llegaron tras tardes de café y discusiones intensas fue una revelación tan simple como revolucionaria: "El futuro de Pescueza no va a venir desde fuera. Si queremos que este pueblo tenga un mañana, tenemos que construirlo nosotros mismos, con nuestras propias manos y con los recursos que tengamos a nuestro alcance, por pequeños que sean". Había que cambiar el paradigma: dejar de ser sujetos pasivos de la despoblación, víctimas dolientes de un proceso histórico, para convertirse en los arquitectos de su propia supervivencia. La voluntad de intentarlo se convirtió en su principal capital financiero.

El método comunitario de trabajo: Pasos iniciales y pilares fundacionales

Inspirado de lleno en la experiencia acumulada desde aquellas tardes de incertidumbre y en la sabiduría popular destilada por figuras del pueblo como

la Abuela Manuela, Pescueza comenzó a diseñar —sin saberlo al principio— un riguroso Método de Trabajo Comunitario. Este método partía de una premisa inquebrantable: El desarrollo comunitario no comienza con recursos económicos; comienza cuando una comunidad vuelve a mirarse con dignidad y confianza. El grupo motor comprendió que la transformación verdadera nace desde dentro, el liderazgo se comparte, la participación genera pertenencia, el cuidado crea comunidad y los sueños colectivos movilizan la acción. El objetivo último no era únicamente diseñar proyectos o rellenar solicitudes burocráticas; el objetivo central era reconstruir los vínculos humanos que el éxodo y el aislamiento habían agrietado. La filosofía que guiaba cada paso se resumía en una máxima de la democracia participativa rural: "Nada para la comunidad sin la comunidad".

Para asegurar que esta filosofía no se quedara en simple retórica, el método se asentó sobre cinco pilares operativos fundamentales que guiaron de forma estricta todo el proceso:

En primer lugar, el pilar de la escucha activa dictaba que, antes de proponer cualquier acción, era obligatorio escuchar profundamente los miedos, deseos e historias del pueblo. En segundo lugar, la participación real establecía que los vecinos dejaban de ser considerados "usuarios" o "beneficiarios" pasivos y pasaban a ser los protagonistas directos del codiseño de las soluciones. El tercer pilar, el liderazgo multiplicador, asumía que un líder comunitario verdadero no crea seguidores sumisos, sino que su función principal es crear y empoderar a nuevos líderes dentro de la propia colectividad. En cuarto lugar, la confianza comunitaria determinaba que la transformación ocurre solo cuando las personas comunes sienten que sus saberes particulares tienen un valor real para el colectivo. Finalmente, el quinto pilar radicaba en la acción colectiva visible, asumiendo que la comunidad necesita experimentar pequeños logros compartidos a corto plazo que demuestren empíricamente que "sí se puede" cambiar el rumbo de las cosas.

El método fijó una estructura clara de implementación técnica para evitar que los esfuerzos se disolvieran en el desorden. La Fase 1 consistió en escuchar al pueblo, fijando como objetivo prioritario comprender la realidad emocional, social y humana de la comunidad. Las herramientas clave fueron las reuniones abiertas y los encuentros vecinales sin jerarquías instalados en los espacios cotidianos: plazas, centros sociales, la nave municipal, locales de

asociaciones, calles, casas particulares y asambleas comunitarias donde todas las voces contaban por igual.

El método otorgó un estatus científico a las conversaciones informales: reconoció el valor de los cafés compartidos, las charlas al sol de la calle, los silencios cargados de significado y las historias de vida. A través de una escucha activa intergeneracional, se estableció una dinámica circular: los mayores hablaban, los jóvenes escuchaban; los jóvenes proponían y los mayores acompañaban desde su experiencia. Las preguntas clave que circularon de boca en boca durante meses fueron muy profundas: ¿Qué preocupa al pueblo? ¿Qué se ha perdido? ¿Qué sueños siguen vivos? ¿Qué fortalezas tiene la comunidad? ¿Quiénes ya están ayudando de forma invisible? ¿Qué heridas existen y qué ilusiones compartidas podrían unirnos?. El resultado esperado de esta fase se alcanzó con creces: la comunidad empezó a sentirse escuchada y las personas dejaron de sentirse solas.

Inmediatamente después se activó la Fase 2: análisis de la realidad, orientada a convertir aquellas conversaciones dispersas en una comprensión colectiva y estructurada. La clave del análisis fue detectar las necesidades reales sin imponer proyectos prefabricados desde el exterior. En Pescueza se tipificaron de forma descarnada los problemas prioritarios: despoblación acelerada, envejecimiento extremo, pérdida severa de la autoestima colectiva, aislamiento geográfico y la progresiva desaparición de los espacios de convivencia.

Sin embargo, el método prohibía mirar únicamente las carencias; de manera simétrica, se obligaba a identificar las potencialidades: saberes populares, personas comprometidas, cultura local latente, redes preexistentes de apoyo vecinal, espacios comunes abandonados pero recuperables y la memoria colectiva como combustible identitario. La herramienta central empleada fue el mapa comunitario, un inventario social detallado donde se identificaron formalmente a las personas clave, las asociaciones activas, los espacios físicos de encuentro, las capacidades técnicas ocultas de cada vecino, los talentos invisibles y los líderes naturales del municipio. Al finalizar esta fase, el resultado esperado modificó el ánimo general: la comunidad descubrió que poseía muchísimos más recursos humanos de los que imaginaba.

El despertar de la conciencia: La asamblea del diván colectivo

El mes de abril de 2007 marcó el verdadero punto de inflexión pública. Lo que hasta entonces habían sido conversaciones discretas de taberna o reuniones en la mesa camilla de unos pocos visionarios se transformó en un emplazamiento formal a toda la población. Vicente y su grupo motor decidieron que era el momento exacto de testar la temperatura real del pueblo, de verificar si la comunidad estaba dispuesta a despertar del coma inducido por la desilusión crónica. Organizaron unas jornadas comunitarias bajo un título que resonaba en las esquinas como una declaración de guerra al olvido: "Desarrollo rural en el ámbito comunitario". La convocatoria no requirió de presupuestos ni de grandes campañas publicitarias; se utilizó el método más antiguo, tenaz y eficaz del ecosistema rural: el boca a boca, el encuentro directo en la tienda o el bar, la charla pausada en la plaza, la insistencia vecinal en las puertas de las casas.

El día de la inauguración, los organizadores contenían la respiración en la entrada del local. La incertidumbre los devoraba: ¿Iría alguien? ¿Se quedaría el salón vacío, confirmando de manera definitiva los peores augurios de los escépticos locales?. Para sorpresa y alivio de todos, las sillas empezaron a llenarse de forma constante. Llegaron los jubilados apoyándose en sus bastones, las pocas mujeres jóvenes que resistían en el municipio, los hombres del campo con las manos curtidas por el frío y el granito, e incluso personas nacidas en Pescueza que residían en localidades cercanas pero mantenían intacto su vínculo afectivo con la tierra madre.

El ambiente inicial estaba cargado de una densa capa de curiosidad, escepticismo y desconfianza histórica. "A ver qué nos vienen a contar estos ahora", se podía leer con nitidez en más de una mirada esquiva. Sin embargo, las jornadas rompieron los esquemas tradicionales desde los primeros minutos: no se plantearon como una sucesión aburrida de conferencias magistrales donde expertos foráneos o técnicos de la capital venían a dictar lecciones. Aquello se transformó de inmediato en una asamblea abierta, en un gigantesco e inédito diván colectivo. Se lanzaron preguntas directas e incómodas, directas a la fibra sensible del auditorio: ¿Qué potencial tiene Pescueza que nadie más en el exterior esté viendo? ¿Qué podemos ofrecer al mundo desde nuestra extrema pequeñez? ¿Cómo podemos recuperar el orgullo de decir en voz alta que somos de aquí?.



Fuente de Pescueza. La vida comunitaria gira en torno al espacio público.

Por primera vez en décadas, la dinámica de la conversación pública cambió radicalmente de vector. Se rompió con firmeza el círculo vicioso del lamento estéril y la queja destructiva. Cuando un vecino levantaba la mano para exponer una queja histórica o un problema sin solución, los moderadores del grupo motor aplicaban el manual y devolvían la pelota con suavidad pero con una firmeza absoluta: "De acuerdo, compartimos ese problema y duele. Ahora bien, ¿cuál es tu propuesta concreta para solucionarlo entre todos?".

Ese sutil giro psicológico empezó a obrar milagros en el auditorio. La gente, desarmada ante la responsabilidad de proponer, dejó de hablar exclusivamente de lo que les faltaba y comenzó a hacer un inventario detallado de lo que sí poseían: una densa red social de apoyo mutuo y cercanía que la gran ciudad había triturado, un entorno natural envidiable, una tranquilidad terapéutica, una historia compartida, un saber hacer tradicional incalculable y, por encima de todo, una escala humana protectora donde absolutamente todo el mundo se conocía por su nombre de pila.

Las sesiones se prolongaron durante horas que parecieron minutos. El miedo a soñar, ese vértigo paralizante que da imaginar un futuro diferente cuando se ha estado acariciando el borde mismo del abismo de la extinción, empezó a disiparse, sustituido de forma gradual por una intensa corriente de adrenalina colectiva. La gran conclusión de aquellas históricas jornadas se

resumió en la palabra que se convirtió en el mantra absoluto del municipio a partir de ese instante: Comunidad. Una comunidad entendida no como un mero agregado estadístico o un censo de habitantes que comparten un código postal en los informes oficiales, sino como una estructura orgánica viva, como un escudo sólido contra la intemperie social y como el motor principal de cualquier iniciativa económica, humana o cultural futura. Si el Estado o el mercado se habían olvidado por completo de ellos, ellos se recordarían a sí mismos a través de la unión organizada.

Pero para que este despertar de la conciencia no se evaporara en el entusiasmo pasajero de un fin de semana de primavera, necesitaban algo más. Necesitaban un hito fundacional, un proyecto aglutinador inmediato, un altavoz potente que le gritara al resto de la región y del país que Pescueza no solo no estaba muerta, sino que estaba dispuesta a divertirse, a resistir y a crear belleza.

La locura de El Festivalino: El festival más pequeño del mundo

Cuando la idea del Festivalino, se verbalizó por primera vez en el seno del recién constituido comité de organización, la reacción de varios de los presentes fue una carcajada de absoluta incredulidad. Alguien propuso, sin paños calientes, crear un gran festival cultural y musical en el pueblo. Las objeciones lógicas surgieron de forma automática, amparadas por el sentido común más elemental y destructivo: ¿Cómo va un pueblo de apenas un centenar de habitantes, habituados al silencio sepulcral, a organizar un festival masivo? ¿Dónde se van a alojar los visitantes si no hay un solo hotel ni hostel en kilómetros a la redonda? ¿Quién va a financiar los cachés de los artistas si las arcas municipales están tiritando? ¿Quién en su sano juicio va a viajar a un rincón apartado de Extremadura a escuchar música?.

Fue en ese preciso instante de duda colectiva y retroceso cuando Óscar pronunció la frase que cambió para siempre la escala del proyecto y desarboló de un plumazo todos los argumentos técnicos en contra: "Hagamos el festival más pequeño del mundo". Aquella definición fue un chispazo de pura genialidad comunicativa, estratégica y de marketing social. No se trataba, bajo ningún concepto, de competir con los macrofestivales comerciales de las grandes urbes, con sus presupuestos millonarios de patrocinio privado, sus escenarios colosales de metal y sus masas alienadas

de consumidores anónimos pisoteando el césped de un recinto cerrado y vigilado. Pescueza no podía ni quería ser eso. El proyecto debía ser la antítesis radical de la masificación: un festival a escala estrictamente humana, íntimo, donde la barrera física entre el artista y el público se disolviera por completo, donde el escenario principal fuera el propio tejido urbano del pueblo, las portadas de las casas, las plazas y las calles de Pescueza. Así nació El Festivalino.

Su primera edición se levantó sin apenas presupuesto, y sin patrocinio o subvención institucional previa. Nació del voluntariado puro, de una estricta economía de guerra vecinal donde cada habitante aportó de forma altruista lo que tenía, en su doblado o en su garaje. Los manitas del pueblo construyeron los elementos decorativos y los pequeños escenarios reciclando palés y maderas; las mujeres mayores pasaron semanas enteras horneando y preparando bandejas de dulces tradicionales —floretas, perrunillas— para agasajar a los músicos y visitantes; otros vecinos ofrecieron de forma desinteresada sillas de anea, tablones, herramientas y cables de corriente para las conexiones eléctricas. El pueblo entero se transformó de la noche a la mañana en un comité organizador gigante.

Lo más hermoso y revolucionario de El Festivalino fue que jamás arrinconó ni ocultó a la población anciana para ofrecer una imagen falsa de modernidad juvenil; al contrario, los mayores fueron colocados con orgullo en el centro mismo del cartel, con la categoría oficial de estrellas principales del evento. El festival se diseñó desde su raíz como un espacio estrictamente intergeneracional. Mientras en un rincón de la plaza un grupo de jóvenes tocaba pop o rock acústico, apenas unos metros más allá, una abuela de ochenta y cinco años impartía un taller en plena calle sobre cómo hacer ganchillo, cómo destilar jabón tradicional con aceite usado o cómo entonar los viejos cantos de labranza que ya nadie registraba en los cancioneros modernos. Se rescataron oficios perdidos, se abrieron de par en par las cocinas de las casas particulares para que los forasteros probaran el guiso local y se rompieron los prejuicios culturales de parte y parte.

Y la magia sociológica se produjo. La primera edición atrajo a unos pocos cientos de curiosos, pero el boca a boca funcionó como una mecha encendida por toda la región. Quienes llegaban a Pescueza esperando encontrar un evento rural folclórico más, se topaban de frente con una

experiencia antropológica y humana que los desarmaba por completo. No había cordones de seguridad, ni vallas de contención, ni zonas VIP exclusivas; los músicos de renombre nacional comían en la misma mesa corrida que los vecinos del pueblo, terminaban las jornadas de madrugada cantando y compartiendo vino alrededor de una mesa con los paisanos del lugar. El Festivalino demostró científicamente que la autenticidad radical era un valor al alza en un mundo hiperconectado pero profundamente deshumanizado. Pescueza se convirtió, durante un fin de semana al año, en el epicentro de una alegría contagiosa, demostrando que un punto minúsculo e invisible en el mapa podía proyectar una luz inmensa y transformarse en un símbolo indiscutible de orgullo e identidad colectiva.

Las raíces de la esperanza: Logros culturales y el límite de los 365 días

El éxito incontestable de el festivalino no se midió jamás en términos de rentabilidad financiera o en el número de entradas vendidas en taquilla, ya que el acceso a todas las actividades fue, por principio fundacional, completamente libre y gratuito. El verdadero impacto se evaluó en términos psicológicos, estructurales y ecológicos sobre el territorio. Los organizadores tenían una claridad meridiana: el festival no podía convertirse en un decorado efímero de cartón piedra que se montaba el viernes por la tarde y se desmontaba el domingo por la noche, dejando al pueblo sumido en una melancolía y una soledad aún mayores el lunes por la mañana. Cada edición debía dejar una huella física imborrable, un legado tangible de su paso por el municipio.

Para materializar esta filosofía de la permanencia, se instituyó una de las tradiciones más identitarias y cargadas de simbolismo del evento: la plantación colectiva de árboles. Cada año, los artistas invitados, los visitantes urbanos y los vecinos de todas las edades se concentraban en los parajes comunales y dehesas del pueblo, provistos de azadas, palas y cubos de agua. El acto de cavar la tierra dura de granito e introducir la raíz de un nuevo árbol adquiría una dimensión casi litúrgica en Pescueza. Era la escenificación perfecta, performativa, de su lucha activa contra la despoblación.

Mientras el discurso oficial de las instituciones decía con condescendencia que el medio rural se estaba secando y muriendo de forma inevitable, la

comunidad respondía introduciendo nueva vida en el subsuelo, regando activamente el mañana. Las imágenes de esas jornadas ecologistas condensaban el alma misma del proyecto comunitario: la mano arrugada, agrietada y sabia de un abuelo de noventa años guiando con infinita paciencia los dedos temblorosos e inexpertos de un niño de corta edad para colocar la tierra suelta alrededor del frágil tallo de una encina o un alcornoque recién plantado. Era el pasado remoto y el futuro lejano dándose la mano físicamente sobre el presente del territorio. Esos árboles no eran simple vegetación de reforestación; eran promesas morales firmadas con la tierra. Eran una forma rotunda de decir en voz alta: "Estamos plantando hoy la sombra que disfrutarán los que se queden a vivir aquí cuando nosotros ya no estemos".

El Festivalino funcionó en la práctica como una gigantesca escuela de empoderamiento ciudadano y acción social. Los vecinos descubrieron con asombro que poseían una capacidad organizativa, logística y de gestión que ellos mismos desconocían por completo. La autoestima del pueblo, que había estado arrastrándose por los suelos durante décadas de olvido, se disparó de forma exponencial. La gente ya no agachaba la cabeza ni sonreía con timidez cuando decía fuera de la comarca que era de Pescueza; ahora lo verbalizaban con el pecho erguido, una sonrisa de orgullo y la seguridad de saber que su modelo de resistencia era admirado y estudiado fuera de las fronteras de Extremadura.

Las conversaciones cotidianas en los bancos de la plaza cambiaron radicalmente de temática y de tono. Ya no se hablaba con tono fúnebre del cierre definitivo de los últimos negocios o del próximo entierro; se debatía con pasión sobre cómo mejorar la infraestructura logística para la próxima edición del festival, qué ideas artísticas innovadoras incorporar al cartel, o cómo coordinarse para pintar y embellecer las fachadas de granito de las calles. La ilusión colectiva había ocupado por completo el espacio mental que antes controlaba de forma absoluta la apatía y la resignación.

Sin embargo, en medio de esta euforia cultural y de este innegable renacimiento social, los impulsores principales del movimiento no perdían un solo ápice de perspectiva sobre la cruda realidad del día a día. El festival era un escaparate maravilloso, una inyección de energía psicológica absolutamente necesaria, pero el año tiene trescientos sesenta y cinco días

completos. Y cuando los focos de los escenarios finalmente se apagaban, los músicos se marchaban en sus furgonetas y el silencio denso regresaba en los meses oscuros de noviembre o enero, el núcleo duro y sangrante del problema seguía allí, intacto, esperando una respuesta estructural: la población residente de Pescueza seguía siendo, en sus tres cuartas partes, una población anciana. Muchos de esos mismos abuelos que sonreían con los ojos llenos de lágrimas durante el festival vivían el resto del año en una situación objetiva de severa vulnerabilidad, soledad sobrevenida y pérdida progresiva de su autonomía física básica. El verdadero desafío histórico de la supervivencia a largo plazo del pueblo no se iba a resolver únicamente cantando sobre un escenario; se tenía que resolver cuidando en el salón de casa.

El desgarró del desarraigo rural: El exilio institucionalizado

Para comprender con toda su crudeza la magnitud del paso institucional y humano que Pescueza estaba a punto de dar, es obligatorio asomarse sin filtros a la realidad humana, íntima y habitualmente invisible de la dependencia en la España rural profunda. La emigración masiva de los años setenta y ochenta no solo causó un daño demográfico cuantitativo que se puede medir en las gráficas de los censos; provocó, por encima de todo, una fractura emocional y familiar de dimensiones verdaderamente trágicas y silenciosas. Cuando los jóvenes se marcharon en masa a las grandes urbes industriales, las estructuras familiares tradicionales de apoyo mutuo —que habían sostenido la vida rural durante siglos— se rompieron de forma abrupta e irreversible. Los padres envejecieron en la soledad de los pueblos mientras los hijos criaban a sus propias familias a cientos de kilómetros de distancia, completamente atrapados en los horarios rígidos, los alquileres costosos y las dinámicas estresantes de la vida moderna en las periferias metropolitanas.

Durante años, esta situación de equilibrio precario se sostuvo gracias a la formidable robustez biológica y psicológica de los mayores, que se mantenían activos y útiles cuidando sus pequeños huertos familiares, atendiendo sus animales y manteniendo vivas sus casas. Pero el tiempo cronológico, implacable y sordo, no perdona a nadie. Llegaba inevitablemente un momento en la vida de cada anciano en el que las fuerzas físicas

flaqueaban de golpe. Una caída tonta en el suelo de la cocina, un principio leve de demencia senil o desorientación, la dificultad física para agacharse a encender la estufa de leña en las mañanas heladas, o la imposibilidad legal y física de conducir un vehículo para desplazarse a la cabecera de la comarca a comprar medicamentos básicos o asistir a una consulta médica de especialista. La aparición de la dependencia abría de inmediato un escenario de profunda angustia e impotencia tanto para el mayor que se resistía a ser una carga como para su familia lejana que vivía con la culpa instalada en el pecho.

La solución estándar que el sistema social e institucional del Estado ofrecía era de una rigidez burocrática verdaderamente desalmada. Al no existir servicios locales de apoyo de proximidad en los municipios pequeños, la única alternativa viable que se ponía sobre la mesa era el abandono definitivo del pueblo. El proceso se repetía con una regularidad dolorosa que desgarraba el tejido social de las comunidades. Los hijos bajaban de la ciudad un fin de semana a toda prisa, empaquetaban las pertenencias más indispensables del anciano en un par de maletas ligeras, cerraban las ventanas de madera de la casa con un candado definitivo y se llevaban al abuelo consigo en el asiento trasero del coche.

A veces, el destino final era el piso pequeño e interior de los hijos en la periferia de una gran ciudad. Allí, el anciano pasaba las horas muertas encerrado entre cuatro paredes de hormigón, contemplando un patio de luces oscuro o el tráfico incesante de una autopista a través del cristal de la ventana. Desorientado por el ruido ensordecedor de la urbe, completamente privado de su red histórica de relaciones humanas, el abuelo se sentía una carga pesada para una familia trabajadora que ya iba sobrepasada por el ritmo frenético del día a día urbano. En otras ocasiones, cuando la convivencia en el piso se hacía insostenible, el destino final era una plaza concertada en una macroresidencia de ancianos institucional, ubicada a decenas de kilómetros de su entorno geográfico. Un espacio aséptico, hospitalario, limpio pero frío, donde los horarios de comida, sueño, aseo y paseo venían estrictamente impuestos por una plantilla de trabajadores profesionales desbordados por la ratio de usuarios.

Este desarraigo forzoso constituía, para la inmensa mayoría de los mayores del campo, una auténtica sentencia de muerte psicológica. No se trataba,

bajo ningún concepto, de un simple y cómodo traslado de domicilio por motivos de salud; era la amputación drástica, dolorosa y sin anestesia de su identidad personal, de su biografía entera, de sus raíces más profundas. Significaba separarse físicamente de las paredes de piedra donde habían nacido, donde habían amado, donde habían criado y donde habían llorado a sus muertos de generación en generación; significaba alejarse para siempre del aroma a encina de la dehesa, de la tertulia diaria en el banco con el vecino de toda la vida que entendía sus silencios con solo mirarlo, del paisaje exacto que daba sentido a su existencia entera. Muchos abuelos, simplemente, se dejaban morir de pena y melancolía en los meses inmediatamente posteriores al traslado, apagándose en silencio como velas a las que se les acaba el oxígeno de golpe.

La comunidad de Pescueza contemplaba este goteo incesante de salidas con el corazón encogido y una profunda sensación de impotencia histórica. Cada anciano que se marchaba de esa manera metido en un coche era una derrota colectiva, un paso acelerado más hacia el vacío total del pueblo. Los vecinos empezaron a mirarse fijamente a los ojos en las asambleas y a verbalizar una rebeldía ética que iba muchísimo más allá de la música del festival: "¿De verdad no hay otra manera humana de hacer las cosas? ¿Por qué la recompensa obligatoria a toda una vida de trabajo durísimo en el campo tiene que ser el exilio forzoso y la pérdida absoluta de la dignidad en los últimos años de nuestra existencia?".

El manifiesto de la dignidad: Darle la vuelta al modelo asistencial

La búsqueda de una alternativa estructural viable no fue el resultado de una iluminación mística o de una ocurrencia repentina de un fin de semana; fue el fruto maduro de un proceso de deliberación comunitaria largo, complejo, técnico y por momentos intensamente tenso. Hubo que convocar nuevas rondas de asambleas, abrir debates monográficos encendidos en el ayuntamiento, reunirse en los portales por las noches cuando refrescaba el día y charlar durante horas con los propios mayores en sus cocinas para escuchar sin intermediarios sus miedos más íntimos y sus deseos más profundos. En este punto crucial de la historia local, la figura de Constancio, integrándose de lleno en el núcleo promotor junto a Vicente, adquirió una relevancia teórica y política capital. Él fue uno de los encargados principales

de ponerle palabras técnicas, encaje administrativo y viabilidad jurídica a lo que el pueblo entero sentía de manera puramente intuitiva y visceral. Lanzó sobre la mesa de debate una premisa conceptual que chocaba de frente, como un tren de mercancías, contra las políticas de servicios sociales vigentes en la época: "Tenemos que darle la vuelta por completo al modelo tradicional de cuidados. El problema biológico no son nuestros mayores; el problema estructural es cómo el sistema institucional decide atenderlos".



Plaza de la Iglesia, corazón de la vida vecinal.

Hasta ese momento histórico, la lógica imperante de la administración dictaba con frialdad que era el usuario dependiente el que debía desplazarse físicamente hacia la infraestructura de cuidado preexistente (la residencia comarcal, el hospital provincial, el centro de día urbano). Pescueza propuso con audacia hacer exactamente el camino inverso: hacer que la infraestructura profesional de cuidado se desplazara físicamente hacia el usuario, integrándose de manera orgánica en su propio hogar y en su propia calle de toda la vida. El planteamiento teórico era de una audacia conceptual tremenda, casi revolucionaria: ¿Y si el pueblo entero, con sus calles, sus plazas y sus casas, se convirtiera jurídicamente en la residencia de ancianos? ¿Y si las habitaciones de ese gran centro de cuidado disperso fueran las propias casas de los vecinos, manteniendo intacta su decoración, sus fotos de boda, sus cocinas de leña y sus recuerdos? ¿Y si los pasillos de esa

residencia fueran las calles empedradas del pueblo, y los cuidadores fueran profesionales cualificados contratados por la propia comunidad, apoyados firmemente por una red de voluntariado vecinal permanente?. La idea era buenísima, pero ponía los pelos de punta a los técnicos por la inmensa responsabilidad económica, legal y organizativa que conllevaba sobre los hombros de un municipio tan pequeño.

Un día memorable, en una de las reuniones más concurridas y tensas que se recuerdan en el local del Ayuntamiento, la pregunta definitiva se formuló sobre el auditorio sin anestesia ni rodeos por parte del grupo motor: "¿Estamos dispuestos, de verdad, como comunidad organizada, a hacernos cargo directo de nuestros mayores hasta las últimas consecuencias legales y humanas? ¿Nos comprometemos hoy, mirándonos a la cara, a que nadie más tenga que marcharse jamás de Pescueza por el único hecho de envejecer o ponerse enfermo?".

El silencio que siguió inmediatamente a esa intervención fue denso, espeso, casi sagrado; de esos silencios históricos donde se nota físicamente el peso de la responsabilidad sobre las cabezas de los presentes. No se estaba votando una moción simbólica, una subvención o una declaración de intenciones políticamente correcta para salir en la prensa; se estaba asumiendo de forma voluntaria un compromiso ético y humano de una envergadura verdaderamente descomunal. Significaba de forma práctica que si un vecino anciano necesitaba ayuda urgente a las tres de la madrugada, la comunidad tendría que responder de forma inmediata; que si los recursos económicos escaseaban en el año, habría que buscar el dinero debajo de las piedras del campo; que la vida y la salud de cada anciano del pueblo pasaba a ser, desde ese instante, una responsabilidad compartida por el cien por cien de los habitantes. Cuando las manos empezaron a levantarse de forma unánime por toda la sala, no hubo aplausos eufóricos ni celebraciones ruidosas; hubo lágrimas contenidas en los ojos de los mayores y una determinación férrea, casi granítica, grabada en el rostro de los más jóvenes. El pacto de la economía del afecto acababa de sellarse con la firma invisible de la solidaridad vecinal.

Quédate con Nosotros: La ingeniería de la adaptación física

El nacimiento formal del programa bandera, bautizado con el conmovedor nombre de “Quédate con Nosotros”, exigió activar de inmediato una meticulosa fase de ingeniería urbana, económica y legal. Para que las personas mayores pudieran permanecer de forma segura en sus propios hogares de toda la vida, el entorno físico del municipio tenía que dejar de ser un campo de minas diario plagado de barreras arquitectónicas infranqueables. Las calles tradicionales de Pescueza, bellas pero algo empinadas, construidas con pavimento irregular y rampas naturales de granito resbaladizo, se convertían durante los meses de invierno en trampas mortales de aislamiento físico. Una mañana de helada extrema o una tarde de lluvia fina confinaban a decenas de ancianos en el interior de sus casas durante semanas por el miedo pánico a sufrir una caída y romperse la cadera.

La primera gran intervención comunitaria consistió en adaptar físicamente la totalidad del urbanismo de Pescueza a la escala y las necesidades de la movilidad reducida. Se diseñó y ejecutó un plan integral para instalar redes continuas de barandillas y pasamanos de acero anclados con firmeza directamente sobre los muros de granito de las fachadas y los bordes de las cuestas más pronunciadas. Estos elementos metálicos no se colocaron como un parche estético desagradable; se integraron con cuidado en el paisaje urbano del pueblo, convirtiéndose de forma práctica en un sistema arterial de sujeción que permitía a los ancianos caminar de forma autónoma por cualquier rincón del municipio. Un abuelo con problemas severos de equilibrio podía salir de su portal y desplazarse de manera segura hasta el bar de la plaza o la tienda de comestibles simplemente deslizándolo su mano de forma ininterrumpida a lo largo de los pasamanos comunales. Las barreras exteriores empezaron a disolverse bajo la fuerza de la ingeniería social de proximidad.

De manera paralela y simétrica, la transformación física se trasladó de forma prioritaria al interior de las propias viviendas particulares de los dependientes. A través de los profesionales locales, se acometió una campaña de reformas exprés de accesibilidad. En cuestión de meses, se eliminaron de raíz las bañeras altas y peligrosas en decenas de inmuebles, sustituyéndolas por platos de ducha completamente enrasados a nivel de suelo, equipados con asientos adaptados y asideros de seguridad. Se

ensancharon marcos de puertas para permitir el paso fluido de sillas de ruedas, se instalaron rampas ligeras de madera para salvar escalones históricos en los pasillos y se adaptaron los sistemas de calefacción tradicionales para evitar el esfuerzo físico y el riesgo de quemaduras que conllevaba la carga diaria de leña pesada.

Para complementar la seguridad física y blindar la tranquilidad psicológica de los mayores las veinticuatro horas del día, se desplegó un sistema integral de teleasistencia y catering domiciliario gestionado por la Asociación Amigos de Pescueza desde el propio municipio. A diferencia de los servicios de teleasistencia convencionales gestionados por grandes multinacionales de servicios desde centrales de llamadas impersonales ubicadas en Madrid o Barcelona, en Pescueza se dotó a los ancianos de dispositivos (los famosos "botones rojos") conectados directamente con los teléfonos móviles personales de los cuidadores y vecinos que se encontraban físicamente a menos de tres minutos de distancia de cualquier tejado. Si un abuelo pulsaba el botón a mitad de la noche, la persona que acudía corriendo a su dormitorio para socorrerlo no era un técnico de emergencias desconocido que conducía una ambulancia desde la capital provincial; era el hijo del vecino, la cuidadora que lo atendía por las mañanas o un miembro del grupo motor que conocía perfectamente dónde guardaba la llave de repuesto y qué medicación exacta tomaba para el corazón. La tecnología se humanizaba por completo al ponerse al servicio exclusivo de la cercanía vecinal.

La profesionalización del afecto: Sostenibilidad económica y el milagro del empleo local

El gran salto cualitativo que permitió a Pescueza consolidar su modelo y evitar que se diluyera con el paso del tiempo como una hermosa pero efímera experiencia de voluntariado vecinal fue la decisión estratégica de profesionalizar y cooperativizar los servicios de cuidados a través de la Asociación Amigos de Pescueza, operando formalmente como una empresa de economía social sin ánimo de lucro. El grupo motor y las familias comprendieron con lucidez que la buena voluntad, el cariño y el altruismo de los vecinos eran combustibles espirituales maravillosos, pero insuficientes para sostener de forma técnica una atención sociosanitaria de alta calidad, continuada, profesional y eficiente los trescientos sesenta y cinco días del

año. Los cuidados de la dependencia requerían de conocimientos de enfermería, movilización técnica de enfermos, nutrición adaptada, psicología del envejecimiento y administración reglada.

La creación de la asociación local obró un auténtico milagro económico y demográfico de doble dirección en el territorio. Por un lado, se garantizó una atención profesionalizada y digna en el propio hogar para el cien por cien de los mayores del municipio. Por otro lado, y de forma simultánea, se convirtió el sector del cuidado social —históricamente invisibilizado, precarizado y menospreciado— en el principal motor económico y en el mayor yacimiento de empleo estable del pueblo. La Asociación Amigos de Pescueza pasó a contratar de forma directa, con contratos indefinidos y salarios regulados según convenio, a mujeres y jóvenes de la localidad y de los municipios colindantes para desempeñar las funciones de auxiliares de ayuda a domicilio, enfermeras, cocineras, fisioterapeutas y personal de mantenimiento logístico.

La creación directa de más de 15 puestos de trabajo profesionales estables en una localidad de apenas cien habitantes equivalía, en términos de escala macroeconómica, a la instalación de una factoría automovilística o de una planta siderúrgica gigante en cualquier gran ciudad industrial del país. El perfil de las personas empleadas supuso un impacto demográfico balsámico: eran mujeres jóvenes, de entre veinticinco y cuarenta y cinco años, muchas de ellas con cargas familiares, que hasta ese momento se veían abocadas irremediablemente al desempleo crónico o a la emigración forzosa hacia las capitales de provincia en busca de cualquier empleo precario en el sector servicios. Al conseguir un empleo estable, digno, cualificado y con un profundo sentido humano en su propio pueblo, estas mujeres pudieron fijar sus proyectos de vida familiares en el territorio. Los alquileres de casas vacías comenzaron a reactivarse, las chimeneas volvieron a humear de forma continuada durante el invierno y la vida cotidiana recuperó un pulso firme y predecible.

La sostenibilidad financiera del modelo se estructuró a través de un sistema cooperativo de corresponsabilidad económica donde confluían diversas fuentes de ingresos de manera transparente. Los mayores dependientes aportaban una cuota mensual ajustada de forma progresiva a los niveles reales de sus pensiones de jubilación y servicios; el Ayuntamiento de

Pescueza concentraba de forma prioritaria sus magros presupuestos municipales en sostener los costes operativos de la infraestructura comunitaria; y de forma paulatina, tras intensas y agotadoras batallas burocráticas lideradas por Constancio y el alcalde en los despachos oficiales, se consiguió que la Junta de Extremadura homologara el modelo y canalizara de forma legal los fondos públicos correspondientes a las prestaciones de la Ley de Dependencia directamente hacia la gestión de la asociación local. El dinero público que antes se destinaba de forma automática a financiar plazas macroresidenciales frías en las ciudades se quedaba ahora en Pescueza, financiando empleo local y riqueza en el propio municipio que generaba los cuidados.

El impacto sobre el microcomercio local fue fulminante y expansivo. La masa salarial inyectada mensualmente en el pueblo a través de las nóminas de las trabajadoras de la asociación permitió salvar del cierre inminente del comercio que resistían de milagro. El único bar del pueblo, que antes languidecía, se transformó de golpe en el centro neurálgico de la vida social, los técnicos de la asociación y los familiares que venían de visita de forma constante. La tienda de comestibles de toda la vida vio incrementadas sus ventas al convertirse en la proveedora prioritaria de las materias primas, las verduras y las carnes frescas empleadas diariamente en el servicio de catering y comedor comunitario de la asociación. Pescueza demostró empíricamente al mundo que la economía del afecto no era una utopía poética improductiva; era una estrategia de desarrollo local hiperrentable, sostenible y capaz de revertir las dinámicas de la despoblación a través de la generación de valor humano endógeno.

La proyección internacional: Del olvido mediático al polo de innovación social europea

Los logros tangibles alcanzados por el método comunitario de Pescueza no tardaron en romper las barreras físicas de la comarca y de la propia región extremeña, llamando con fuerza a la puerta de los grandes laboratorios de innovación social, las universidades y los medios de comunicación de primer nivel internacional. El municipio, que durante décadas había arrastrado con resignación el estigma paralizante de pertenecer a esa especie de fosa común sociológica denominada despectivamente como "la España vaciada" o

extinta, vio cómo su nombre pasaba a ocupar los titulares principales de las secciones de sociedad, ecología y desarrollo de cabeceras de prestigio mundial de la talla de la corporación británica BBC, Radio Televisión Española (RTVE) o el diario El País.

Los periodistas, corresponsales extranjeros y sociólogos internacionales llegaban a Pescueza atraídos por el morbo de verificar sobre el terreno si era físicamente real que un minúsculo pueblo perdido en el oeste peninsular estaba consiguiendo lo que los estados modernos e hipertecnificados de la Unión Europea eran incapaces de resolver: garantizar un envejecimiento plenamente digno, feliz y comunitario a sus ciudadanos en sus propias casas de toda la vida, reduciendo a cero los exilios forzosos por motivos de dependencia o vejez. Lo que los corresponsales se encontraban al descender de sus vehículos no era un parque temático rural impostado ni un decorado artificial de propaganda institucional; se topaban de frente con una comunidad humana vibrante, empoderada, que hablaba de presupuestos, de ingeniería de cuidados y de soberanía demográfica con una soltura, una madurez y un orgullo que desarmaban cualquier visión paternalista o condescendiente sobre el mundo rural.

Pescueza se consolidó de forma acelerada como un auténtico polo de atracción técnica y universitaria a escala europea. El ayuntamiento y la asociación amigos de Pescueza firmaron convenios de colaboración e investigación con la universidad, convirtiendo las calles y las dehesas del municipio en un campo de prácticas científico y en un laboratorio vivo donde estudiantes de posgrado de las disciplinas de Sociología, Trabajo Social, Arquitectura Accesible, Economía Social y Ciencias Ambientales venían a estudiar de primera mano el funcionamiento técnico y el encaje legal del Método de Pescueza. Los ancianos del pueblo pasaron de ser considerados sujetos estadísticos pasivos o "viejos solitarios" en los informes oficiales a convertirse en profesores eméritos de la vida cotidiana, impartiendo de forma natural sus conocimientos tradicionales a investigadores y técnicos que tomaban notas detalladas en sus cuadernos de campo sobre cómo una comunidad unida puede diseñar un escudo social impenetrable contra la intemperie de la modernidad insolidaria.

El reconocimiento exterior funcionó como una formidable inyección de autoestima colectiva para el cien por cien de la población local. La

proyección mediática y el flujo constante de visitas técnicas y turísticas dinamizaron la vida cultural del municipio durante todas las estaciones del año, rompiendo de forma definitiva con ese silencio público permanente y pesado que antes amenazaba con devorarlo todo con la llegada de los meses invernales. Pescueza demostró con rotundidad que el medio rural no está ineludiblemente condenado a la extinción ni a la asimilación urbana; puede convertirse en la vanguardia misma de la innovación social del siglo XXI si decide confiar plenamente en sus propios recursos, organizarse en torno a la economía del afecto y defender su dignidad colectiva con las herramientas de la unión comunitaria.

Balance y síntesis del proceso vivido en Pescueza

Para comprender de manera integrada la magnitud de la transformación operada en Pescueza a lo largo de este proceso histórico de resistencia y codiseño social, resulta fundamental analizar de forma sintética la evolución descrita en cada una de las dimensiones clave de la vida municipal, contrastando la cruda realidad de partida de la crisis inicial con las acciones estratégicas emprendidas por la comunidad organizada y los extraordinarios logros colectivos consolidados.

En la dimensión de participación y liderazgo, la situación de partida se caracterizaba por una psicología de la resignación crónica arraigada en el alma colectiva, una desilusión estructural profunda y la aceptación pasiva del final inevitable del municipio. Frente a esta parálisis, la acción comunitaria consistió en la activación inmediata de un grupo motor inicial liderado por figuras clave como Vicente, Óscar, Andrés y Venancio, Constancio quienes impulsaron la puesta en marcha de un riguroso método de trabajo comunitario estructurado bajo el principio fundamental de "nada para la comunidad sin la comunidad" y asentado sobre las fases científicas de escucha activa, análisis de la realidad y codiseño vecinal en asambleas abiertas. El logro definitivo en este ámbito supuso la ruptura radical del círculo vicioso del lamento estéril, la asunción de un compromiso ético unánime por parte del cien por cien de los vecinos en la asamblea del diván colectivo y la conversión de los habitantes en los arquitectos directos de su propia supervivencia demográfica y social.

En lo que respecta al modelo de cuidados y dependencia, Pescueza partía de un escenario desolador definido por el desgarró profundo del desarraigo rural, donde la aparición de la dependencia física o la vejez conllevaba la aplicación de soluciones burocráticas rígidas que forzaban al exilio institucionalizado en macroresidencias lejanas o al aislamiento en pisos urbanos, provocando la amputación de la identidad personal y un goteo incesante de muertes psicológicas por pena y melancolía. La respuesta comunitaria consistió en darle la vuelta por completo al modelo asistencial tradicional a través del despliegue del programa bandera “quédate con nosotros”, el cual obligó a desplazar la infraestructura profesional de cuidados hacia el hogar del usuario, acometiendo una reforma urbana integral mediante la instalación de barandillas y pasamanos continuos de acero en el urbanismo exterior, la adaptación de la accesibilidad en las viviendas particulares y la implantación de un sistema humanizado de teleasistencia y catering domiciliario autogestionado. El logro consolidado es histórico: se alcanzaron los cero exilios forzosos por motivos de edad en el municipio, garantizando que el cien por cien de los mayores envejezcan con plena dignidad, autonomía y felicidad en sus propias casas de toda la vida, arropados por el escudo protector de la vecindad.

En la dimensión de economía, riqueza y empleo local, el municipio se encontraba al borde del colapso financiero y comercial, sufriendo un desempleo estructural crónico, la emigración forzosa sistemática de la población activa joven hacia las periferias metropolitanas y el cierre inminente de los últimos microcomercios y del único bar que sostenían el pulso cotidiano del pueblo. La acción transformadora consistió en la profesionalización y cooperativización de los servicios de atención a la dependencia a través de la asociación amigos de Pescueza, operando formalmente como una empresa de economía social sin ánimo de lucro capaz de captar y fijar los fondos públicos de la ley de dependencia en el propio territorio. El logro económico derivado es incontestable: se consiguió la creación directa de más de 15 puestos de trabajo profesionales estables y cualificados en el sector social local, lo que permitió fijar de forma definitiva a población joven y familias en el municipio, revitalizar el mercado de alquiler de viviendas vacías, salvar de la extinción y mantener abierto el bar de la

plaza, y propiciar la apertura de una tienda de comestibles de cercanía y una oficina bancaria comunitaria.

Finalmente, en la dimensión de cultura, ecosistema y proyección, Pescueza padecía un silencio público permanente y pesado durante los meses invernales, un olvido absoluto por parte de las administraciones públicas y el peso del estigma paralizante de pertenecer a una comarca desahuciada. La acción comunitaria se materializó en la creación y el desarrollo anual de El Festivalino, bautizado estratégicamente como "el festival más pequeño del mundo", diseñado bajo un carácter estrictamente intergeneracional, íntimo, libre y gratuito, donde la población anciana se situó con orgullo en el centro del cartel impartiendo talleres tradicionales, complementado con la institución de la liturgia ecologista de la plantación colectiva de árboles como una promesa moral firmada con la regeneración del subsuelo. El logro proyectado ha situado a Pescueza como un foco prioritario de atención mediática internacional de primer nivel (con reportajes extensos en la BBC, RTVE y El País) y como un reputado polo de atracción turística, técnica, universitaria y de innovación social Europea, demostrando científicamente al mundo que la autenticidad radical y la unión organizada constituyen valores en alza capaces de proyectar una luz inmensa y transformar la nostalgia en un motor de futuro sostenible.

Pescueza ha dejado de ser una víctima del proceso histórico de la despoblación para convertirse en un faro de esperanza y en la demostración empírica de que la economía del afecto, cuando se dota de método, ingeniería social y determinación comunitaria, es capaz de ganarle la partida al olvido y reescribir el destino de los pueblos.

Apéndice de fuentes para conocer más sobre Pescueza

<https://www.amigosdepescueza.org/>

<https://www.facebook.com/festivalino>

<https://elpais.com/eps/2023-06-15/hasta-el-ultimo-baile-en-pescueza.html>

<https://www.pronto.es/pronto-tv/curiosidades/pescueza-paraiso-edad-306639102.html>



Fiesta del Tálamo en Pescueza: tradición y comunidad.

<https://www.lavanguardia.com/vivo/longevity/20260521/11543258/les-dije-mis-nietos-me-iba-morir-hacerlo-te-das-cuenta-sigues-interesada-vida-generacion-senior-erasmus.html>

1.2 Las Factorías del Conocimiento: un modelo para el desarrollo de los pueblos

El inicio de una aventura comunitaria

En 2009 comenzamos una aventura que, con el paso del tiempo, terminó convirtiéndose en una de las experiencias más intensas y reveladoras de mi vida profesional. No nació desde un despacho, enfoques academicistas o políticas gubernamentales al uso. Surgió de un planteamiento mucho más sencillo, más humano y más profundo: ¿qué pasaría si las comunidades rurales dejaran de ser consideradas destinatarias pasivas de la ayuda y se convirtieran en protagonistas de su propio desarrollo?

Esa pregunta nos llevó a Iberoamérica. Nos llevó a comunidades rurales desestructuradas, a jóvenes con talento sin oportunidades, a mujeres con una fuerza impresionante, a productores que conocían la tierra mejor que cualquier manual, a organizaciones sociales que llevaban años trabajando con pocos recursos y mucha dignidad. Nos llevó, sobre todo, a descubrir algo que

después se convirtió en una convicción nuclear: el desarrollo no empieza cuando el foco se pone solo en el dinero; empieza cuando una comunidad recupera la confianza en sí misma.

Durante décadas, muchas políticas de desarrollo habían partido de una lógica equivocada. Se pensaba que el problema de los territorios pobres era únicamente la falta de recursos: falta de infraestructuras, falta de capital, falta de tecnología, falta de formación, falta de mercados. Y todo eso era cierto. Pero no era toda la verdad. Había algo más hondo. Había una fractura invisible. Una pérdida de confianza. Una cultura de espera. Una sensación de que el futuro siempre tenía que venir de fuera.

Nosotros quisimos trabajar justo en el lugar donde se produce el verdadero cambio: en la mente, en las conversaciones, en las relaciones, en la capacidad de las personas para mirarse de otra manera y decir: podemos hacerlo.

Así nacieron las Factorías del Conocimiento.

Una fábrica de futuro

La idea era sencilla, pero revolucionaria. Si en la Era industrial las fábricas transformaban materias primas en productos, en la Sociedad del Conocimiento necesitábamos nuevos espacios capaces de transformar conocimiento en proyectos, talento en oportunidades, ideas en iniciativas, aprendizaje en acción, y comunidades dispersas en comunidades capaces de producir valor. Así proyectamos las Factorías del Conocimiento como espacios para la invención y la construcción del futuro, partiendo de una idea esencial: en la nueva economía la materia prima es el conocimiento y el principal activo es el talento de las personas.

Pero nosotros no queríamos crear aulas. No queríamos montar cursos. No queríamos reproducir ese modelo en el que una persona habla, otras escuchan, se entrega un diploma y todo sigue igual al día siguiente. Queríamos otra cosa. Queríamos crear un espacio vivo. Un lugar donde las personas pudieran reunirse, conversar, aprender, imaginar, diseñar, equivocarse, prototipar, mejorar, volver a intentar y, finalmente, poner en marcha algo concreto, práctico y útil para la comunidad.

La Factoría del Conocimiento no era un centro de formación. Era una fábrica de futuro.

Una fábrica donde la materia prima eran los sueños, las ideas, los problemas de la comunidad, las capacidades ocultas de las personas, el conocimiento disperso en el territorio, la energía de los jóvenes, la sabiduría de los mayores, la experiencia de los productores, el compromiso de las organizaciones y la fuerza de las alianzas.

Antes de emprender, crear comunidad

Desde el primer momento comprendimos que no podíamos llegar a una comunidad con una receta y un modelo estándar de trabajo. El desarrollo no se impone. El desarrollo se conversa, se escucha, se acuerda, se trabaja y se acompaña. Por eso, antes de hablar de emprendimiento, tecnología, innovación o liderazgo, tuvimos que hacer algo mucho más básico: crear comunidad.

Crear comunidad significa sentarse con la gente. Escuchar sin prisa. Preguntar antes de responder. Entender qué duele. Qué se necesita. Qué se sueña. Descubrir qué se ha intentado antes. Saber quién convoca, quién bloquea, quién cuida, quién empuja, quién une, quién tiene autoridad moral aunque no tenga cargo. Significa identificar los hilos invisibles que mantienen unido a un territorio y también las heridas que lo han ido rompiendo.

No se puede construir una Factoría del Conocimiento si antes no se construye confianza.

La confianza fue el primer material con el que trabajamos. Mucho antes que los ordenadores, las metodologías, los talleres o las herramientas, tuvimos que crear un espacio emocional donde la gente pudiera decir: aquí puedo hablar, aquí puedo proponer, aquí puedo equivocarme, aquí puedo aprender, aquí puedo aportar.

A partir de ahí comenzaba el proceso.

Los seis pasos para poner en marcha una Factoría

El primer paso era identificar a la organización promotora. Toda Factoría necesita una entidad que asuma el compromiso inicial: una asociación, una universidad, un ayuntamiento, una organización social, una institución pública, una comunidad organizada. No se trata de que esa organización lo haga todo.

Se trata de que encienda la primera llama, convoque, abra el espacio y sostenga el proceso hasta que la propia comunidad empiece a caminar.

El segundo paso era conocer el territorio. No desde un diagnóstico frío, sino desde una lectura viva. ¿Qué capacidades existen? ¿Qué problemas se repiten? ¿Qué jóvenes quieren hacer algo y no encuentran dónde? ¿Qué mujeres sostienen la vida comunitaria sin reconocimiento? ¿Qué productores están experimentando en silencio? ¿Qué saberes están ocultos? ¿Qué organizaciones pueden colaborar? ¿Qué oportunidades globales pueden conectarse con necesidades locales?

El tercer paso era construir el ecosistema. Esta fue una de las grandes claves. Una Factoría no funciona como una isla. Funciona como una red. En torno a ella debían conectarse instituciones, empresas, centros educativos, universidades, asociaciones, colectivos juveniles, grupos de mujeres, productores, técnicos, investigadores, emprendedores, voluntarios y organizaciones internacionales. El dossier de las Factorías lo expresa con claridad: la puesta en marcha del modelo implica organización promotora, espacio de trabajo y red de colaboración o ecosistema.

El cuarto paso era preparar el espacio de trabajo. No hacía falta empezar con un edificio espectacular. A veces bastaba una sala, unas mesas, conexión, herramientas básicas y, sobre todo, una metodología. El espacio era importante, pero no por sus paredes. Era importante porque simbolizaba algo nuevo: un lugar donde la comunidad podía reunirse para diseñar y construir su futuro.

El quinto paso era capacitar y equipar a los responsables locales. Esta parte fue decisiva. Ningún modelo se consolida si depende de quienes llegan de fuera. Desde el principio trabajamos para capacitar a líderes locales, técnicos, jóvenes dinamizadores y personas de referencia que pudieran apropiarse de la metodología. No queríamos crear dependencia. Queríamos crear autonomía. No queríamos ser imprescindibles. Queríamos que el modelo quedara en manos de la propia comunidad.

Y el sexto paso era comenzar el itinerario de aprendizaje productivo.

El itinerario de aprendizaje productivo

Ese itinerario fue una de las piezas más valiosas del modelo. Lo diseñamos para que cada persona pudiera pasar de la inquietud a la idea, de la idea al proyecto, del proyecto al prototipo, del prototipo al producto o servicio, y del producto o servicio a una iniciativa capaz de generar valor económico, social, cultural o ambiental.

Primero trabajábamos la mirada. Había que aprender a ver el mundo con perspectiva. No se puede emprender, innovar o liderar si uno no entiende las claves del tiempo en el que vive. Por eso empezábamos analizando las grandes tendencias globales: cambios tecnológicos, transformaciones económicas, crisis ambientales, nuevas formas de producir, nuevas formas de aprender, nuevas formas de trabajar. El objetivo no era abrumar a nadie con teorías, sino abrir una ventana y una mirada holística del todo. Mostrar que incluso una pequeña comunidad rural estaba conectada con los grandes movimientos del mundo.

Después venía la pregunta fundamental: ¿qué podemos hacer nosotros desde aquí?

Esa pregunta cambiaba todo.

Porque el desarrollo comienza cuando una comunidad deja de preguntarse únicamente qué le falta y empieza a preguntarse qué puede aportar. Cuando deja de definirse por sus carencias y empieza a descubrir sus activos. Cuando deja de mirar el mundo como amenaza y empieza a mirarlo como campo de oportunidades. Cuando aprende a preguntarse quiénes somos, en quiénes podemos convertirnos y qué podemos ofrecer al mundo.

A continuación trabajábamos la creación de ideas. Enseñábamos a asociar conceptos, a mirar problemas desde otro ángulo, a convertir necesidades en oportunidades. Muchas personas llegaban diciendo: “yo no tengo ideas”. Y al cabo de unas sesiones tenían diez, quince, veinte posibilidades sobre la mesa. No porque les hubiéramos entregado una solución, sino porque habían aprendido a mirar de otra manera.

Después aplicábamos innovación. Innovar no era hablar de grandes laboratorios, patentes o tecnologías sofisticadas. Innovar era mejorar lo que ya existía, combinar recursos, adaptar soluciones, hacer más útil un producto,

más atractivo un servicio, más eficiente una actividad, más sostenible una práctica, más valiosa una experiencia.

Luego venía el prototipo. Este era un momento mágico. Cuando una idea baja a tierra y se convierte en algo que se puede tocar, probar, enseñar, corregir y mejorar, la persona cambia. Deja de hablar de “algún día” y empieza a hablar de “esto que estoy haciendo”. El prototipo rompe la distancia entre el sueño y la realidad.

Después trabajábamos la mejora del prototipo con usuarios, clientes, vecinos, productores, técnicos o compañeros. La comunidad se convertía en laboratorio. Se preguntaba, se escuchaba, se corregía, se ajustaba. El error dejaba de ser fracaso y se convertía en aprendizaje.

Más adelante llegaba el diseño final del producto o servicio, el plan de negocio o plan de acción, la logística, la financiación, la presentación, la comunicación, la búsqueda de alianzas y el acompañamiento. El dossier de las Factorías recoge este itinerario práctico: ver los mundos y su movimiento, crear ideas, aplicar innovación, prototipar, mejorar, diseñar el producto o servicio, construir el plan de negocio o de acción, organizar recursos y financiación.

Lo que le ocurre a la persona durante el proceso

Pero lo más importante no era la herramienta. Lo más importante era lo que le ocurría a la persona durante el proceso.

He visto a jóvenes que al principio apenas se atrevían a hablar en público terminar presentando sus proyectos con una seguridad que emocionaba y a ponerlos en marcha. He visto a mujeres que habían sido educadas para ocupar un lugar secundario convertirse en referentes de su comunidad. He visto a productores tradicionales incorporar nuevas prácticas agroecológicas sin renunciar a su identidad. He visto a técnicos locales descubrir que su papel no era resolverlo todo, sino acompañar para que otros aprendieran a resolver. He visto a organizaciones que trabajaban solas empezar a colaborar. He visto a comunidades enteras pasar de la resignación a la acción.

Y ese es el gran secreto de las Factorías del Conocimiento: no producen solo proyectos; producen sujetos capaces de proyectar.

No producen únicamente emprendimientos. Producen emprendedores.

No producen únicamente actividades. Producen comunidad activa.

No producen únicamente resultados. Producen una nueva manera de estar en el mundo.

Nicaragua: el conocimiento como fuerza comunitaria

En Nicaragua, el modelo encontró un terreno fértil. Allí las Factorías se vincularon con jóvenes, mujeres, productores, comunidades rurales, organizaciones sociales, universidades y procesos de desarrollo local. ASDENIC ha descrito el modelo como replicable y adaptable a distintos grupos y contextos, orientado a poner en valor el conocimiento, definir proyectos desde necesidades comunitarias, diseñar prototipos, responder a retos globales y medir logros en la comunidad.

Uno de los aprendizajes más poderosos fue comprobar que el conocimiento no pertenece solo a la universidad ni a los expertos. El conocimiento también está en la pequeña explotación agrícola, en el taller, en la cocina, en la memoria de la comunidad, en la experiencia de quien ha sembrado durante treinta años, en la mujer que sabe organizar a otras mujeres, en el joven que maneja la tecnología, en el artesano que conoce la materia, en el líder comunitario que sabe convocar, en el técnico que lleva años recorriendo caminos difíciles con escasos medios.

La Factoría no llegaba para sustituir ese conocimiento. Llegaba para ponerlo en valor, conectarlo, actualizarlo y convertirlo en acción.

Por eso trabajamos mucho con la idea de desafío global y respuesta local. El cambio climático no era un concepto abstracto. Era la sequía que afectaba a los cultivos. La seguridad alimentaria no era un objetivo escrito en un documento. Era la necesidad de que una familia pudiera comer mejor y producir de forma más sostenible. La economía verde no era una moda. Era una oportunidad para mejorar prácticas productivas, cuidar el suelo, diversificar cultivos y generar ingresos.

Las experiencias en Nicaragua fueron mostrando resultados concretos: jóvenes integrados en procesos de Factoría, ensayos agrícolas, monitoreo de agua y clima, parcelas de frijol, experiencias con fresa, pitahaya y hortalizas,

ferias, encuentros con universidades y actividades con mujeres, niños, maestros y productores. Los informes técnicos de evaluación documentan el valor generado en los procesos formativos, iniciativas emprendedoras, intercambio de experiencias y trabajo directo con comunidades rurales y productores.

Ahí comprendimos otra clave: el desarrollo comunitario necesita resultados visibles. La confianza no se alimenta solo de discursos. Se alimenta de pequeñas victorias. Una parcela que mejora. Un grupo que aprende. Una pequeña industria que se pone en marcha. Un producto elaborado que llega al mercado. Una feria que se celebra. Una alianza que se cierra. Una joven que se atreve. Una comunidad que ve que aquello empieza a funcionar.

Por eso las Factorías eran también una pedagogía de la evidencia. Había que demostrar que se podía. Había que producir señales. Había que generar hechos. Porque los pueblos que han vivido demasiado tiempo en la espera necesitan tocar el cambio con las manos.

Una arquitectura flexible para Iberoamérica

Con los años, el modelo fue extendiéndose y adaptándose. Lo que había nacido con fuerza en Nicaragua empezó a proyectarse y compartirse con otras realidades de Iberoamérica: Uruguay, Paraguay, Bolivia, El Salvador, Ecuador.

Cada país nos enseñó algo. Cada territorio obligó a adaptar el modelo. Y esa fue otra de sus virtudes: las Factorías del Conocimiento no eran una franquicia metodológica rígida. Eran una arquitectura flexible. Un conjunto de habilidades, herramientas y prácticas que podían adaptarse de manera flexible según la cultura, la organización promotora, los recursos, los problemas y las oportunidades de cada lugar.

Ecuador y el Chocó Andino: organización, ecosistema y aprendizaje productivo

En Ecuador, en la Mancomunidad del Chocó Andino, las Factorías se articularon en torno a tres ejes que condensan muy bien la esencia del modelo: organización, ecosistema y espacio de aprendizaje productivo. El proyecto situó el protagonismo en las personas y planteó la conversión del

conocimiento en oportunidades para las comunidades, desde metodologías de educación basada en proyectos, aprendizaje activo y aprendizaje invisible.

La experiencia universitaria añadió otra dimensión: la posibilidad de que la universidad dejara de ser una institución encerrada en sí misma y se convirtiera en una fuerza activa de desarrollo territorial. Una universidad que se abre al territorio deja de ser solo un lugar donde se imparten contenidos y se convierte en un espacio de transformación. Los estudiantes aprenden enseñando, acompañando, investigando, escuchando, trabajando con comunidades reales. Y las comunidades acceden a conocimiento, método, tecnología y redes. Todos ganan. La universidad sale de sus muros. El territorio entra en la universidad. Y el conocimiento deja de ser un privilegio para convertirse en una herramienta de emancipación.

No hay desarrollo sin apropiación comunitaria

Después de todos estos años, puedo decir que las Factorías del Conocimiento me enseñaron algo que hoy considero esencial para cualquier política de reto demográfico, desarrollo rural o innovación social: no hay desarrollo sin apropiación comunitaria.

Podemos diseñar programas brillantes. Podemos movilizar fondos. Podemos construir infraestructuras. Podemos llevar conectividad. Podemos repartir dinero. Podemos abrumar con asistencia técnica. Pero si la comunidad no se reconoce como protagonista, si no hay liderazgo local, si no hay confianza, si no hay proyecto compartido, si no hay aprendizaje práctico, si no hay red de alianzas, si no hay acompañamiento, el proceso no arraiga.

Las Factorías funcionaban porque no trataban a las personas como beneficiarias. Las trataban como creadoras.

Y esa palabra lo cambia todo.

Beneficiario es quien recibe.

Creador es quien produce.

Beneficiario espera.

Creador se compromete.

Beneficiario depende.

Creador aprende a caminar.

Beneficiario mira hacia fuera.

Creador mira hacia dentro, hacia los lados y hacia el futuro.

Por eso, cuando pienso en las Factorías del Conocimiento, no pienso solo en talleres, metodologías o proyectos. Pienso en caras. Pienso en conversaciones bajo el calor húmedo de Nicaragua. Pienso en jóvenes que descubrieron que podían tener un proyecto de vida sin abandonar su comunidad. Pienso en mujeres que se hicieron cargo de procesos productivos y sociales. Pienso en técnicos locales que se convirtieron en mentores. Pienso en organizaciones que aprendieron a trabajar juntas. Pienso en comunidades que empezaron a verse no como lugares marginales, sino como territorios con posibilidades.

Ahí está la esencia del modelo.

- crear comunidad.

Después, generar confianza.

Después, identificar desafíos.

Después, descubrir capacidades.

Después, formar equipos.

Después, generar ideas.

Después, prototipar.

Después, mejorar.

Después, buscar alianzas.

Después, acompañar.

Después, celebrar los resultados.

Y después, volver a empezar con un desafío mayor.

El desarrollo comunitario no es una línea recta. Es un ciclo. Un ciclo de escucha, acción, aprendizaje, confianza y nuevos retos.

Una lógica aplicable al mundo rural español

Esa lógica es profundamente aplicable al mundo rural español o de cualquier país, porque la problemática rural/urbano es recurrente y civilizatoria. También aquí tenemos pueblos que han perdido población, pero sobre todo han perdido confianza. También aquí hay jóvenes que se marchan porque no encuentran un lugar desde el que proyectar su vida. También aquí hay mujeres que sostienen la comunidad sin suficiente reconocimiento. También aquí hay mayores que guardan memoria y sabiduría. También aquí hay recursos dormidos, edificios vacíos, asociaciones cansadas, ayuntamientos sobrepasados, técnicos con voluntad, emprendedores aislados, proyectos que no encuentran un ecosistema en el que germinar.

Por eso las Factorías del Conocimiento no son solo una experiencia con proyección en Iberoamérica. Son un modelo con capacidad de impacto en otros contextos.

Nos dicen que el desarrollo no se decreta.

Se cultiva.

No se impone.

Se acompaña.

No se compra.

Se construye.

No nace de la abundancia de recursos, sino de la capacidad de conjugar los recursos que ya existen.

Y, sobre todo, nos enseñan que el futuro de un pueblo no empieza cuando alguien trae una solución desde fuera, sino cuando las personas que lo habitan se reúnen, se escuchan, se reconocen y deciden hacer algo juntas.

Lo que queda en el territorio: resultados visibles y transformaciones invisibles

Después de quince años, las Factorías del Conocimiento no pueden medirse solo por los dineros invertidos, el número de programas formativos abordados talleres impartidos, los proyectos formulados o las personas capacitadas. Todo eso importa. Pero sería injusto reducir la experiencia a una

contabilidad de actividades. Lo que verdaderamente ocurrió fue más profundo: se creó una nueva forma de mirar la realidad y el territorio, de organizar los recursos, de aprender juntos y de convertir problemas en oportunidades y proyectos.

Hubo resultados materiales. Hubo infraestructuras, espacios acondicionados, equipos puestos al servicio de la formación, parcelas experimentales, procesos de monitoreo, productos desarrollados, emprendimientos nacientes, iniciativas empresariales en marcha, capital semilla movilizado, ferias, publicaciones, webs, jornadas, encuentros y alianzas. Pero también hubo algo menos visible y más decisivo: jóvenes que empezaron a creer en sí mismos, mujeres que ocuparon un nuevo lugar en la vida comunitaria, productores que se atrevieron a experimentar, organizaciones que aprendieron a cooperar y comunidades que descubrieron que podían producir su propio futuro.

Nicaragua 2018: jóvenes, emprendimientos y agroecología

Por aportar un botón de muestra. En 2018, CII-ASDENIC se realizó un intenso trabajo con 93 jóvenes emprendedores y se pusieron en marcha o consolidaron iniciativas como BISUARTE, FERTILIZER, LICCANIC, PINOLEROS, SERVIGRAS y STARWE. Aquello era mucho más que una lista de pequeños negocios. Cada iniciativa encerraba una historia. BISUARTE no era solo bisutería; era la demostración de que la creatividad podía convertirse en oportunidad. LICCANIC no era solo fermentación de frutas para producir licores; era la prueba de que un producto local podía adquirir relato, identidad y presencia pública. STARWEB no era solo diseño y desarrollo web; era la señal de que la juventud rural podía trabajar también en lenguajes tecnológicos. FERTINIC o Fertilizer no eran solo fertilizantes orgánicos; eran la evidencia de que la agroecología podía generar actividad económica, conocimiento aplicado y respuesta ambiental.

También aparecieron los logros en el campo. Las Factorías no se quedaron encerradas en un aula. Salieron a las parcelas, al agua, al suelo, a los cultivos, a los problemas reales de las comunidades. Se trabajó con productores en planificación de fincas, monitoreo de plagas, estimación de cosecha, semillas, diversificación productiva, fresas, granos básicos, hortalizas y pitahaya. No se trataba de enseñar desde fuera, sino de acompañar procesos de

experimentación donde el conocimiento técnico y el saber campesino se encontraban para mejorar la producción, reducir riesgos y adaptarse al cambio climático.

Y se produjo otra transformación silenciosa: la comunidad empezó a investigar. En alianza con universidades, comités de agua y líderes comunitarios, se realizaron acciones de monitoreo de calidad y caudales de agua; se organizaron grupos focales para evaluar riesgos climáticos; se elaboraron planes de adaptación; se llevaron a cabo foros para transferir los resultados a las comunidades y abrir nuevas acciones de protección de los recursos naturales. Eso es profundamente revolucionario: cuando una comunidad aprende a medir, observar, interpretar y actuar sobre su propia realidad, deja de ser objeto de diagnóstico y se convierte en sujeto de conocimiento.

Factorías 2030: consolidación, ODS y política pública local

La siguiente fase, Factorías 2030, consolidó el modelo y lo conectó con los Objetivos de Desarrollo Sostenible. Las evaluaciones técnicas que se pueden consultar muestran el fortalecimiento de las dinámicas de los territorios, no solo por la generación de iniciativas emprendedoras o por la mejora de cultivos y producción, sino por el alto nivel de motivación y satisfacción de habitantes y participantes directos e indirectos. Los informes demuestran que el modelo logró la sostenibilidad social, medioambiental y económica, y se convirtió en un referente para su aplicación y adecuación en otros territorios.

En esa fase se formaron 62 jóvenes organizados en Factorías del Conocimiento que están operando en sus comunidades, se desarrollaron diez talleres sobre nuevas tecnologías agroecológicas, se diseñaron iniciativas sociales y empresariales, y se entregaron becas a nueve jóvenes para iniciar o fortalecer sus proyectos. También se impulsaron siete acciones sociales vinculadas a los ODS y nueve iniciativas de emprendimiento, seis grupales y tres individuales.

Pero quizá uno de los ejemplos más claros de cómo una Factoría puede convertirse en infraestructura de desarrollo local lo encontramos en Totogalpa. Allí se creó una Factoría del Conocimiento Municipal vinculada a la

Agenda 2030, mediante convenio entre la Factoría Central CII-ASDENIC y el gobierno municipal. El proceso dio origen a un colectivo emprendedor de 14 personas, siete de ellas mujeres; el gobierno municipal puso a disposición del grupo un inmueble y un capital semilla equivalente a 20.000 dólares, destinado principalmente a materia prima para productos textiles.

Ese dato es extraordinariamente importante. Porque muestra que la Factoría se convierte en una herramienta capaz de movilizar recursos públicos, generar confianza institucional, organizar un grupo emprendedor, activar recursos municipales, generar capital semilla en circulación y poner en marcha un plan de desarrollo local. Cuando eso ocurre, el modelo deja de ser una actividad y se convierte en infraestructura y política pública.

Aquí aparece una enseñanza decisiva: las infraestructuras no son neutras. Un aula puede ser solo un aula. Pero también puede convertirse en lugar de encuentro, en taller, en laboratorio, en espacio de conversación, en incubadora para una idea, en plataforma de emprendimiento, en escuela de liderazgo. La diferencia no está en los ladrillos. Está en la comunidad que aprende a usar ese espacio para producir futuro.

Ecuador: transferencia, ecosistemas de valor y sostenibilidad

En Ecuador, la experiencia del Chocó Andino volvió a demostrar la capacidad de transferencia del modelo. Allí se consolidó un grupo motor, tres Factorías del Conocimiento y una red de alianzas con 15 organizaciones, con incidencia en más de 400 personas que se convirtieron en correa de transmisión para generar proyectos de desarrollo desde el territorio. Se trabajó desde la gestión del conocimiento, la interacción territorial, la generación de productos del conocimiento, la sensibilización y la transferencia.

El proyecto ecuatoriano incorporó una dimensión muy relevante para el modelo: el vínculo entre desarrollo rural, sostenibilidad, emprendimiento y gobernanza territorial. Se generaron 50 emprendimientos rurales y sus ecosistemas de valor, con acciones prácticas adaptadas al contexto, enfoque de género y sostenibilidad. Además, generó herramientas y materiales formativos, publicaciones metodológicas, monitoreo meteorológico para adaptación al cambio climático, acciones de

sensibilización con mujeres rurales, autoridades locales y colectivos vinculados a la producción sostenible.

La Factoría no solo actúa en el territorio donde se implanta. También produce relato, documentación, memoria, metodología y transferencia. Se convierte en conocimiento compartido.

Resultados tangibles e intangibles

Si miramos todo este proceso en conjunto, vemos un conjunto de logros tangibles:

personas formadas;

jóvenes acompañados;

mujeres incorporadas a procesos de liderazgo y emprendimiento;

emprendimientos creados;

iniciativas sociales puestas en marcha;

explotaciones experimentales;

procesos agroecológicos;

productos con valor añadido;

espacios formativos;

alianzas con universidades, gobiernos, organizaciones y comunidades;

capital semilla movilizado;

ferias, jornadas, encuentros y procesos de transferencia para dinamizar la economía.

Pero si nos quedamos ahí, no entendemos lo esencial.

Lo verdaderamente transformador fue lo intangible.

La Factoría produjo confianza.

Produjo autoestima.

Produjo conversación e interacción.

Produjo pertenencia.

Produjo liderazgo.

Produjo cultura emprendedora.

Produjo colaboración entre organizaciones que antes caminaban separadas.

Produjo una nueva relación entre jóvenes y territorio.

Produjo una nueva manera de mirar el conocimiento.

Produjo una transición mental: de esperar a actuar, de recibir a crear, de formarse para obtener un certificado a aprender para transformar, de la queja a la propuesta, de la dependencia al protagonismo.

Y esa es la enseñanza que este libro necesita recoger con toda su fuerza.

Las infraestructuras invisibles del desarrollo

Las Factorías del Conocimiento demuestran que el desarrollo de los pueblos no puede reducirse a traer recursos desde fuera. Los recursos son necesarios, pero solo se vuelven fecundos cuando encuentran una comunidad capaz de activarlos. Una subvención puede financiar una actividad. Una infraestructura puede albergar un servicio. Una tecnología puede mejorar un proceso. Pero nada de eso transforma un territorio si no existe una comunidad que aprende, se organiza, lidera, coopera y se hace cargo de su destino.

Las Factorías enseñan que la primera infraestructura del desarrollo es la comunidad.

La segunda es el conocimiento.

La tercera es el liderazgo.

La cuarta es la confianza.

La quinta es la capacidad de trabajar juntos.

Cuando esas infraestructuras invisibles aparecen, entonces las otras infraestructuras cobran sentido. Entonces un aula se convierte en laboratorio. Una finca se convierte en escuela. Un joven se convierte en emprendedor. Una mujer se convierte en líder. Una asociación se convierte en motor. Una alianza se convierte en ecosistema. Un problema se convierte en proyecto. Y un pueblo deja de ser un lugar que espera para convertirse en un lugar que produce futuro.

Una escuela de comunidad

Han pasado ya más de quince años desde aquella aventura inicial. Hoy miro hacia atrás y veo mucho más que un proyecto. Veo un modelo. Veo una metodología. Veo una escuela de comunidad. Veo una manera distinta de entender la educación, el emprendimiento, el liderazgo y el desarrollo.

Las Factorías del Conocimiento se han convertido en una referencia porque demostraron algo que necesitamos recordar en este tiempo de despoblación, incertidumbre y cambio civilizatorio: los pueblos no están condenados si son capaces de aprender, organizarse y producir futuro desde sí mismos.

Ese es el mensaje que quiero traer a este libro.

Pescueza nos enseñó que un pueblo pequeño puede hacerse cargo de sus mayores, cuidar la vida y convertirse en comunidad.

Las Factorías del Conocimiento nos enseñaron que una comunidad puede hacerse cargo de su conocimiento, convertirlo en proyectos y abrir caminos de desarrollo.

Ambas experiencias, cada una desde su lugar, nos dicen lo mismo: el futuro no llegará a los pueblos como un regalo. Habrá que fabricarlo. Habrá que convocarlo. Habrá que aprenderlo. Habrá que liderarlo. Habrá que cuidarlo.

Y para eso necesitamos nuevos espacios, nuevos relatos, nuevos imaginarios, nuevos métodos, nuevos liderazgos y nuevas conversaciones.

Necesitamos pueblos que no esperen a ser salvados, sino que se atrevan a protagonizar su destino.

Necesitamos comunidades que conviertan sus problemas en proyectos.

Necesitamos líderes que no acumulen poder, sino que reproduzcan líderes.

Necesitamos organizaciones que no trabajen solas, sino que construyan ecosistemas.

Necesitamos una educación que no fabrique títulos, sino personas capaces de crear valor.

Necesitamos volver a poner el conocimiento al servicio de la vida.

Eso fueron, eso son y eso seguirán siendo las Factorías del Conocimiento: una invitación a que cada territorio descubra su propia fuerza, active su inteligencia colectiva y se ponga manos a la obra para construir futuro.

Porque al final, cuando una comunidad aprende a aprender, aprende también a emprender.

Cuando aprende a emprender, aprende a liderar.

Cuando aprende a liderar, aprende a cuidarse.

Y cuando una comunidad aprende a cuidarse, el futuro se abre y la vida florece.

Apéndice de fuentes para conocer más las Factorías del Conocimiento

Aquí dispones de información adicional para conocer las Factorías del Conocimiento y sus resultados.

Dossier Factorías del Conocimiento 2018 — AUPEX / ASDENIC
<https://www.aupep.org/descargas/factoriasdelconocimiento/dossier-factorias-2018.pdf>

Aporta la base histórica y operativa del modelo: origen, metodología, países participantes, ecosistema de alianzas y primeros resultados.

Las Factorías del Conocimiento. Un nuevo modelo para el desarrollo de los pueblos — Blog de Juan Carlos Casco
<https://juancarloscasco.emprendedorex.com/las-factorias-del-conocimiento-un-nuevo-modelo-para-el-desarrollo-de-los-pueblos/>

Presenta las Factorías como herramienta estratégica para activar talento, liderazgo, emprendimiento y desarrollo comunitario en los pueblos.

Factorías del Conocimiento — AUPEX
<https://factoriasdelconocimiento.aupep.org/>

Define las Factorías como espacios para la invención y construcción del futuro, basados en el conocimiento como materia prima y el talento como principal activo.

Las Factorías del Conocimiento. Un instrumento para el desarrollo de políticas públicas y programas en materia de desarrollo, educación, emprendimiento y empleo — AUPEX

<https://www.aupec.org/descargas/factoriasdelconocimiento/libro-factoria-conocimiento.pdf>

Aporta la fundamentación metodológica completa del modelo, incluyendo competencias, Modelo 6-9, emprendimiento, liderazgo e innovación.

Factoría Conocimiento Ecuador / Chocó Andino

<https://factoriaconocimientoecuador.aupec.org/web/>

Muestra la transferencia del modelo al contexto ecuatoriano y su adaptación a comunidades rurales mediante organización, ecosistema y aprendizaje productivo.

Modelo de Factorías del Conocimiento — ASDENIC

https://www.asdenic.org/wp-content/uploads/2023/01/modelo_fc.pdf

Sintetiza visualmente el modelo desde la experiencia nicaragüense, destacando participantes activos, mentores, proyecto de vida y aprendizaje práctico.

El Modelo: Factoría del Conocimiento — ASDENIC

<https://www.asdenic.org/homepage/modelo-factoria-conocimiento/>

Explica la aplicación del modelo en Nicaragua como metodología replicable para convertir necesidades locales en proyectos con impacto comunitario.

15 claves para poner en marcha una Factoría del Conocimiento y aplicar la innovación a las políticas públicas de educación, emprendimiento y empleo

— Blog de Juan Carlos Casco

<https://juancarloscasco.emprendedorex.com/15-claves-para-poner-en-marcha-una-factoria-del-conocimiento-y-aplicar-la-innovacion-a-las-politicas-publicas-de-educacion-emprendimiento-y-empleo/>

Resume las claves prácticas para implantar una Factoría y convertirla en herramienta de política pública, aprendizaje, emprendimiento y liderazgo.

Informe técnico Nicaragua 2018 — Factorías del Conocimiento / ASDENIC

https://factoriadelconocimiento2018.asdenic.org/documentos/informe_tecnico_aexcid.pdf

Documenta resultados concretos de participación, formación, iniciativas emprendedoras, procesos de legalización, alianzas institucionales y aprendizajes comunitarios en Nicaragua.

Informe técnico Factorías 2030 — AUPEX / ASDENIC

https://factoria2030.asdenic.org/wp-content/uploads/2020/01/Informe_tec

nico_Factor%C3%ADas2030.pdf

Aporta evidencias sobre formación de jóvenes, iniciativas emprendedoras, acciones sociales, capital semilla, infraestructuras, adecuación de espacios y consolidación territorial del modelo.

Resultado 1. Gestión del Conocimiento — Factoría Conocimiento Ecuador

<https://factoriaconocimientoecuador.aupej.org/web/resultados/resultado-1/>

Recoge la consolidación del grupo motor, tres Factorías del Conocimiento, una red de 15 organizaciones y una incidencia superior a 400 personas en el Chocó Andino.

Resultado 2. Interacción en el territorio — Factoría Conocimiento Ecuador

<https://factoriaconocimientoecuador.aupej.org/web/resultados/resultado-2/>

Documenta el fortalecimiento de emprendimientos rurales y ecosistemas de valor con enfoque de género y sostenibilidad.

Resultado 3. Generación de productos del conocimiento — Factoría
Conocimiento Ecuador

<https://factoriaconocimientoecuador.aupej.org/web/resultados/resultado-3/>

Aporta información sobre herramientas formativas, sistematización metodológica y monitoreo meteorológico para adaptación al cambio climático.

Resultado 4. Desarrollo de acciones de sensibilización — Factoría
Conocimiento Ecuador

<https://factoriaconocimientoecuador.aupej.org/web/resultados/resultado-4/>

Recoge acciones de sensibilización con mujeres rurales, autoridades locales, producción sostenible y difusión territorial.

Resultado 5. Transferencia y difusión — Factoría Conocimiento Ecuador

<https://factoriaconocimientoecuador.aupej.org/web/resultados/resultado-5/>

Documenta la creación de herramientas web, impacto comunicativo y transferencia metodológica hacia Universidades Populares y otros territorios.